

A detailed portrait of a man with a full brown beard and mustache, wearing a large white ruffled collar and ornate dark blue and gold armor. The background is dark with a red, textured element on the right side.

JOSÉ I. BENAVIDES

SPINOLA

CAPITÁN GENERAL DE
LOS TERCIOS

De Ostende
a Casal



José Ignacio Benavides

SPINOLA,
CAPITÁN GENERAL
DE LOS TERCIOS

De Ostende a Casal

Prefacio

José Ignacio Benavides no es el primer historiador que se concentra en la persona de Ambrosio Spinola y su acción política, diplomática y militar en Flandes. Conocemos el libro *España, Flandes y el Mar del Norte* de José Alcalá Zamora o la biografía que le dedicó, hace ya más de un siglo, Antonio Rodríguez Villa. Spinola figura también entre los protagonistas de los estudios de Bernardo García García y de Patrick Williams sobre Felipe III y el Duque de Lerma.

La historiografía relativa al general de los archiducos parece bastante amplia, pero, ¿se ha contado todo acerca de Ambrosio Spinola; tenemos elementos suficientes para valorar adecuadamente su importancia y las consecuencias de su presencia en los Países Bajos? Creo que no y que aún quedaban muchos aspectos pendientes, por lo que, en todo caso, se imponía un nuevo análisis que englobase y tuviese en cuenta los resultados de la investigación reciente.

Podemos felicitarnos porque José Ignacio Benavides se haya dedicado a esta tarea. Y nos encontramos con un estudio hecho conforme a las reglas del arte. El autor ha consultado una gran cantidad de fuentes procedentes de varios archivos, conoce la literatura científica, la integra en su propio estudio y, sobre todo, nos ofrece un texto sólido, sintético, escrito con gran claridad y maestría. El autor sabe de qué habla.

La relevancia de este libro es evidente porque trata de varios asuntos, de varias cuestiones que hasta ahora no habían recibido respuestas convincentes, como conocer de

qué manera se produjo la transformación de Spinola de confidente de Felipe III en hombre de confianza de Alberto e Isabel. O la pregunta de cuál fue exactamente su papel en los procesos de toma de decisiones durante el periodo de gobierno general de Isabel (como, por ejemplo, respecto del asedio de Breda en 1624-1625).

Spinola parece uno de esos personajes que a menudo conocemos, pero no suficientemente. Uno de los méritos de este libro radica, pues, en que aborda una serie de cuestiones que otros autores han evitado, ya que hacerlo habría supuesto la consulta detallada de la documentación conservada, sobre todo, en el Archivo General de Simancas y en los Archives Générales du Royaume de Bruselas. José Ignacio Benavides no ha querido eludir ese desafío y se lo agradecemos sinceramente.

RENÉ VERMEIR,
catedrático de Historia Moderna de la Universidad de
Gante

Prólogo. *Late signa feret militiae tuae*1

Con este ensayo biográfico he intentado rescatar la memoria de uno de los personajes más señeros de la historia militar y política de España durante el siglo xvii. En general solo se le conoce por el cuadro con el que Velázquez inmortalizó la rendición de Breda, pero aparte de su gesto generoso hacia el vencido, poco más parece haber quedado en el recuerdo; tampoco su retrato en otro de los cuadros que ornaron el Salón de Reinos (*La rendición de Juliers*, de Jusepe Leonardo) ha calado suficientemente como para acercarse a su figura. Hace algo más de cien años, don Antonio Rodríguez Villa le dedicó una densa y trabada biografía, pero el lenguaje ampuloso y decimonónico parece poco adecuado a las tendencias actuales de la narrativa histórica. También resulta de interés por proceder de un ilustre hispanista belga el trabajo que Joseph Lefèvre publicó en 1947. Posteriormente la vida de Spinola ha sido objeto de trabajos más encaminados a una vulgarización simplificadora que a un análisis detenido de la personalidad política y la acción militar de Spinola durante el primer tercio del siglo xvii.

No parece fácil determinar con toda certeza los motivos que pudieron llevarle a abandonar una vida cómoda de acaudalado banquero genovés, casado y con hijos, para internarse en el laberinto de una guerra lejana que se arrastraba sin solución aparente desde decenios antes. A principios del siglo xvii, en la República de Génova, aliada tradicional de la Monarquía Hispánica, ¿qué pudo empujar a

Ambrosio Spinola a embarcarse en una peligrosa aventura en Flandes? Que un hombre en la treintena, por lo que ya no cabe alegar un impulso irreflexivo de juventud, abandonase la comodidad de su sólida posición social y económica, empeñase su hacienda en una leva y su persona en una azarosa marcha hasta los lejanos Países Bajos para implicarse en una guerra que distaba de sonreír a la Monarquía Hispánica parece una decisión cuya explicación no resulta fácil.

La rivalidad existente en Génova entre las casas de los Doria y de los Spinola venía de lejos y no resultaba una novedad; desde finales del siglo, Giovanni Andrea Doria venía disfrutando del prestigio que le confería ser el ministro «continuo» y no «episódico» del rey de España y esto le permitía gozar ante la población de una importancia que le situaba como la referencia inevitable en el gobierno de la República. Pero los Spinola resultaban unos oponentes de talla, pues tenían por sí solos más personajes de relieve y más bienes que los que podían presentar juntos los Doria, los Grimaldi y los Fieschi. Pero cuando en 1596 Giovanni Andrea pretendió adquirir un palacio que había sido construido por Nicolò Grimaldi, Ambrosio se opuso frontalmente, considerando que era a él a quien le correspondía al haber sido edificado por su abuelo materno. El enfrentamiento tuvo que dirimirse en los tribunales y la sentencia favorable a Doria fue con toda probabilidad un motivo fundamental en la decisión de lanzarse a la aventura de Inglaterra y de Flandes. Por todas esas razones Ambrosio, descendiente de dos de las más importantes familias de banqueros y comerciantes (los Spinola y los Grimaldi), bien hubiera podido presentar en apoyo de su nombre suficientes elementos familiares, políticos y de fortuna como para plantar cara a la prioridad de los Doria, hasta el punto de que, incluso tras la muerte de Federico y sus dudas sobre continuar o no

la guerra, bien habría podido aspirar al primer puesto en Génova.

En estas condiciones, ¿pretendía solo ir en ayuda de su hermano Federico, almirante de las galeras de Flandes? ¿Trataba de escapar a la preeminencia social y económica de la familia Doria sobre el mundo genovés? ¿Buscaba una fama y unos honores casi imposibles de alcanzar en Génova? ¿Le atraía la idea de la invasión de Inglaterra? El hecho está ahí, cualquiera que fuese su motivación. Si la aventura podía ofrecer fama y honores, ello tendría que ser al precio de esfuerzos y penalidades sin cuento, con el riesgo de que su fortuna se resintiera sin contraprestación adecuada y con lo que suponía el alejamiento físico de su familia. ¿Valía la pena poner todo ello en peligro a cambio del honor de ser «el general del rey»? Separarse de su familia, emplear su hacienda en reclutar tropas en Italia y llevarlas hasta Flandes, tomar el mando del peliagudo asedio de Ostende, aceptar un cargo que haría peligrar su vida y su fortuna... Todo resulta incomprensible en quien no parecía estar llamado por el camino de la aventura, sino más bien por el de una cómoda y ordenada vida bancaria que le habría procurado, si no más emoción, sí, al menos, mayor tranquilidad y reposo.

El dilema que se le planteó a su llegada a los Países Bajos (la invasión de Inglaterra o la guerra en Flandes; Felipe III o el archiduque) fue la primera señal de las dificultades con las que tendría que enfrentarse durante años al verse obligado a elegir entre la obediencia debida a las órdenes del rey o la necesidad inmediata de hacer frente a la guerra y, también posteriormente, a la mala voluntad que Felipe III mostró hacia sus parientes. Además tuvo que hacer frente a los resquemores de los militares postergados en el mando y de los políticos que no creían que un banquero sin experiencia militar pudiera ser capaz de resolver el atolladero en

que se debatían los Países Bajos desde los ya lejanos tiempos de Felipe II.

Y si los éxitos iniciales (Ostende, Frisia...) parecieron dar la razón a quienes esperaban que al músculo financiero se añadiría la habilidad militar, otras acciones menos afortunadas (La Esclusa) alentaron críticas que, sin embargo, no bastaron para mellar la confianza de Felipe III, que le hizo no solo depositario y (previsible futuro ejecutor) de la Instrucción secreta de 1606 sino también de otros encargos con los que soñaba conseguir la reversión de los Países Bajos a su corona.

En la alternancia entre periodos de cautela y activismo dinámico a los que se ha referido John Elliott, Spinola inició su aventura en un periodo de cautela que corre desde 1598 (Paz de Vervins) hasta 1609 (Tregua de los Doce Años). Eran momentos en que España —o, quizás mejor, Lerma— fue tomando conciencia de la imposibilidad de luchar con todos al mismo tiempo y de la necesidad de buscar un respiro. Cada vez resultaba más difícil encontrar hombres con los que colmar las bajas de las tropas nativas formadas por españoles, italianos, valones o borgoñones; y, además, la crisis económica y el recurso continuo a los prestamistas hacía extremadamente complicado alquilar tropas mercenarias cuando, en contra de lo esperado, los gastos en Flandes no habían disminuido. Las motivaciones del pacifismo de Lerma no podían obviar estos condicionantes y, a la detención de sus hechuras y la bancarrota declarada en 1607, se unía la enemistad declarada de la reina y de la emperatriz viuda.

Pero la guerra de Flandes era un callejón sin salida y, pese a sus críticas iniciales al archiduque y a las reticencias de Felipe III, Spinola terminó compartiendo las ideas del primero hasta alcanzar la Tregua de los Doce Años. Si el acuerdo permitía esperar una etapa de paz y reconstruc-

ción de los Países Bajos y, en consecuencia, reflotar la hacienda y reformar el ejército, el destino guardaba una serie de sorpresas que hicieron que estos años se desarrollaran bajo la sombra ominosa de las espadas: la crisis con Francia evitada tan solo por el asesinato de Enrique IV, las planteadas en Alemania por la sucesión de los Ducados de Cleves-Juliers, el estallido de la Guerra de los Treinta Años con el colofón de la intervención en el Palatinado y, al fin del reinado, los debates sobre la reanudación de la guerra contra las Provincias Unidas.

Resultaba imposible ahuyentar el fantasma de la guerra. Los enfrentamientos entre halcones y palomas (que no fueron rasgo exclusivo de la Monarquía Hispánica) hicieron naufragar la utopía de la paz, sobre todo por la incapacidad de Lerma para liberarse de la hipoteca italiana, cuyo epílogo, la Paz de Asti, acabó obligando al valido a abandonar la escena política por la puerta trasera amparado en su capelo cardenalicio. La presión de Oñate desde Alemania y de Zúñiga desde su regreso a la corte acabaron impulsando a la monarquía a la vorágine de la Guerra de los Treinta Años con lo que la multiplicación de enemigos —los príncipes protestantes, Francia, las Provincias Unidas, los mercenarios ingleses, los Grisonos o la siempre latente amenaza del Turco— hizo vano todo esfuerzo.

En el frente del norte, la siempre precaria salud del archiduque y los afanes del rey para buscar la reversión del territorio cuajaron en la compleja maniobra diplomática de obtener, en vida del primero, que las provincias obedientes juraran fidelidad a Felipe III como futuro soberano. El éxito en esta gestión llevó a Spinola a perder el sentido de la medida hasta el punto de pretender subrogarse en las prerrogativas archiducales, enfrentarse con el responsable de la hacienda, tratando de ser el único gestor de los fondos recibidos de España y transformarse en una especie de

deus ex machina que controlara el devenir político, militar y económico de Flandes.

Los fallecimientos con escasos meses de diferencia del rey y del archiduque Alberto modificaron radicalmente la forma en que Spinola había visto su misión. Quedaban atrás los años en que, sobre toda otra consideración, era «el general del rey» y su lealtad se volcó en sostener a la viuda archiduquesa Isabel Clara Eugenia, ahora rebajada a simple gobernadora general —y no soberana—, misión aceptada por obediencia al nuevo rey y por fidelidad a la Casa de Austria. En la nueva etapa de la guerra, decidida por un rey al borde de la muerte y confirmada por otro, joven e inexperto, se enfrentaron con crudeza las distintas opciones de la guerra (ofensiva o defensiva, por tierra o por mar, de cerco de plazas o de batalla abierta) y el asedio y toma de la simbólica Breda, tradicional sede de la Casa de Nassau, fue la plasmación militar de este nuevo periodo, pero apenas era más que el canto de un cisne moribundo.

Todos los esfuerzos resultaban inútiles y la guerra seguía devorando unas vidas y un dinero que eran cada vez más escasos. En un intento desesperado de la infanta por lograr los medios necesarios, Spinola viajó a Madrid para enfrentarse a un crecido Olivares, imbuido de sus ideas y cerrado a admitir cualquier contradicción, y a un inseguro Felipe IV, decidido a imponer su real autoridad frente a todos los argumentos que se le pudieran oponer.

Tras meses de discusiones inútiles, infructuosas y agotadoras, Spinola fue enviado a su pesar como plenipotenciario gobernador y capitán general de Milán, con la vana esperanza de que hiciese el milagro de sacar a la monarquía del avispero de la Guerra de Sucesión de Mantua en que la había implicado un equivocado Olivares. Pero la partida se jugó con cartas marcadas, pues el enemigo no era solo Francia, Saboya o Mantua. De forma más sutil Madrid y Vie-

na jugaron también contra Spinola y a la inesperada y traicionera anulación de los poderes concedidos para hacer la guerra o firmar la paz se unió la dolorosa noticia de la cobardía frente al enemigo de su hijo, en cuyo valor militar tenía sus últimas esperanzas. Le habían arrebatado el honor, la reputación y la salud. Ya no le quedaba más que recibir la muerte.

Bruselas, noviembre 2016

JOSÉ I. BENAVIDES,
embajador de España

1 «Llevaré lejos las banderas de tu guerra». Horacio, oda I, libro IV, verso 16.

PRIMERA PARTE:
DE LA GUERRA A LA PAZ:
EL GENERAL DEL REY

EL ESCENARIO DE FLANDES

Elevado en 1577 a la dignidad de cardenal (sin ser ordenado) el archiduque Alberto de Austria desempeñaba desde hacía varios años el cargo de virrey en Lisboa y en 1593 Felipe II le hizo venir a Madrid para asistirle en los trabajos de gobernación. Dos años más tarde el fallecimiento inesperado del hermano de Alberto, el archiduque Ernesto, gobernador general de los Países Bajos desde 1594 y que el rey había contemplado como futuro esposo de la infanta Isabel Clara Eugenia, supuso un cambio radical en la situación, obligando a modificar los planes tan cuidadosamente madurados por Felipe II. Mientras la guerra con Francia y en los Países Bajos se eternizaba y el rey decidía el camino a seguir el gobierno de los Países Bajos quedó encomendado a las capaces manos de Pedro Enríquez de Acevedo (conde de Fuentes) secundado por Agustín Mexía como maestro de campo.

La situación era muy compleja pues la monarquía se enfrentaba en Flandes directamente con las Provincias Unidas y, de forma encubierta, con sus aliados ingleses y franceses. El tablero en que se movían todos los peones estaba surcado por las dos grietas fundamentales que dividían a Europa: la hostilidad insalvable entre dos bloques religiosos y el enfrentamiento entre la potencia hegemónica y los aspirantes a quebrar ese dominio.² Felipe II tenía que resolver además un doble problema: por una parte, tenía que encontrar una persona de sangre real que pudiera ser nombrada gobernador general,³ y por otra parte deseaba re-

solver el problema del matrimonio de Isabel Clara Eugenia tras la decepción causada por las continuas evasivas de Rodolfo II y la muerte de Ernesto. Quien reunía todos los requisitos era Alberto y el obstáculo de su condición cardenalicia no parecía al rey una dificultad insalvable, pensando que no resultaría difícil conseguir que el Papa aceptara una eventual renuncia.

La situación exigía una pronta decisión, pues la guerra con Francia continuaba y a la toma de Doullens por Fuentes y de Cambrai por Mexía Enrique IV replicó apoderándose de La Fère. El rey optó por la solución que le pareció más evidente: el nombramiento de Alberto, cuyas primeras acciones militares hicieron concebir esperanzas de imponerse a una Francia sacudida todavía por los rescoldos de las guerras de religión, pero la firma de la Paz de Vervins, escasos meses antes de la muerte del rey, supuso la devolución de las plazas conquistadas y la quiebra de la política francesa de Felipe II.

La relación entre Alberto y el nuevo rey no podía ser fácil: Felipe III albergaba un resentimiento cierto contra su primo, ya que el difunto rey le había confiado funciones que el príncipe había sentido como un menosprecio a su persona y su rango. No podía aceptar que un simple archiduque y no él, heredero de la principal corona europea, presidiera la Junta y desempeñara funciones que le correspondían a él. Y cuando a ello se unió la decisión de casar a Isabel con Alberto y de cederles la soberanía de los Países Bajos, resultaba evidente que —pese a su forzada aceptación— el príncipe Felipe no admitiría nunca de buen grado tal amputación de su herencia. Por ello desde el principio de su reinado trató de alejar de Bruselas a sus parientes buscando situarlos en otro lugar y recuperar Flandes. Quizá no sea demasiado arriesgado considerar que las duras críticas públicas contra el difunto rey y su forma de gobernar